

De la vida, los viajes y su representación

Alfonso García

Abandonarse a lo imaginario, es convertirse en espacios de ninguna parte, liberarse de los espacios de los “otros” alojándose en el lugar impersonal de todo, en el que incluso, nos conocemos, cual utopía o ideal que nos atrapa en respuestas de nuestro mundo. Un mundo del que ansiamos huir y que busca respuestas del pasado donde excepción y subjetividad se dan la mano en la individualidad prácticamente ausente, y en los que la vida semeja un acontecer por la ausencia del tiempo; que evita ser atrapado paradójicamente cual producto de la masificación antinatural. Donde la técnica obliga a la naturaleza a vivir, e impide al individuo convertirse en diferente en virtud de su singularidad, haciéndolo irreal a la realidad, desdibujándolo.

En las obras “viajes”, las palabras, las ciudades, aunque paralelas no actúan como corriente superficial continuada, semejante a la vida que fluye, sino se incorporan como muletilla, pregunta, o intertexto de la vida, que no está a la altura de lo que precede y a la que sobrepasa. El lenguaje no quiere eso, no lo necesita. Pues la vida habla su lenguaje común, sin repetirse, buscando el aislamiento y solidificarse, cual *primun movens*. La vida misma sin ritmo, sin rima y sin la unívoca sucesión del flujo lingüístico. Sin puntos que la aquieten y sin comas que la refresquen. La vida a dado libertad al lenguaje para transformarse a sí misma en él, para dejarse llevar con él.

Viajes ansía convertir la vida en objeto de exposición sencilla, deformar lo representado, con el medio que posibilita esa representación, que arrojada al mundo ha quedado a merced de lo impersonal para el que somos interlocutor obligado. El mundo es demasiado poderoso como para que pueda tomar la palabra con sentido, por ello que las imágenes configuran condensaciones de lo visible.

La vida, los viajes, no actúan por iniciativa propia sino de los demás, ubican al lenguaje en el punto de la mirada, y adoptan un carácter directo. Hablan viendo y dicen lo que ven, mientras el lenguaje es interrumpido, da saltos al vacío..., y se ha transformado en vida y mundo, no en la nada.

Viviendo la experiencia de perder contacto con sus raíces, llegando a poner a prueba su identidad, como si viajara fuera de sí mismo. Enfrentándose a su doble exterioridad: externo a sí mismo y a quien observa ejerciendo lo que Lévi-Strauss llamaba “la capacidad del sujeto para objetivarse indefinidamente”, situándose entre lo cultural y lo psicológico como postura de su viaje para concluir escribiendo del mismo.

La historia, los viajes, no necesitan un narrador, surgen sin cesar de la vida misma, como si se anticiparan. Nadie los cuenta pues nadie podría elaborar su sinsentido, aunque podríamos rumiarlos. Por eso aparecen repetidos, y su frecuencia las lleva consigo, aunque el orador desaparece debajo de las palabras, bajo las ciudades, pues no tienen necesidad de que alguien las diga.

El juego lingüístico adquiere una función representativa, una verdad propia, superando el etcétera de la vida y el mundo espacial, donde el paso de un nombre da otro, cual yuxtaposición que no actúa como recorrido, ni exagera los tránsitos reales de los espacios. Está circundado de vacío, de nombres, de ciudades y de pensamientos ocultos en una relación que nos hacen olvidar que el lenguaje es lenguaje, y el mundo resuena también como lenguaje. Que en otra época fueron pictogramas, símbolos e ideogramas, más cercanos al cuneiforme mesopotámico, al grabado maya en piedra y jade, o a los oráculos chinos sobre huesos de animal.

Tornándose cual caligrafía perfilada, fluida y hierática como si de papiros se tratase, en una cuidadosa maniobra de calar uniformemente con el compás de la vida y un cincel templado sobre el acero cortén que construye un Salterio personal o un Códice de grandes hojas. Pliegos, cual *parabaiks* birmanos, tiras de bambú chinas, hojas de palma indias, rollos japoneses o escritos sagrados birmanos sobre marfil y metal.

Las palabras, los viajes, colocan a la vida en su propio desorden y lo ponen a prueba, como si la vida se hubiera hecho cargo de sí misma. Deteniéndola y dejándola proseguir, para preguntar después si ha aprendido la lección que ha impartido en un mismo punto de intersección del tiempo universal, en un mismo ahora, condensado, en el que ocurre lo de aquí y el más allá que encarna al unísono: individuo, pasado y presente, en un mundo construido por su vida pasada, y antes de que haya pasado. En el sentido de tiempo como ser finito, que refleja el imaginario de la totalidad del ser, que todo lo engloba y pulveriza, tal como los seres particulares a sus existencias.

Las ciudades, los viajes, y su asociación, cual ciudades y números en tiempo irreal, son fruto del intento de ofrecer la totalidad en lo individual, pero es la totalidad del caos, donde la asociación se da en lo individual y es todo en cuanto a asociaciones, única representación verdadera del mundo, de la fragmentación y de la renuncia a olvidar la totalidad, por ende imposible. Las ciudades constituyen una total ilusión, como utopía realizada que es, no existen en ninguna parte. Una utopía necesaria no para soñar con realizarla sino para tender hacia ella y obtener, los medios de reinventar lo cotidiano, enseñando al mundo a mover las barreras del tiempo para salir del eterno presente, mover las barreras del espacio, y moverse en el espacio. Aprendiendo a salir de uno mismo.

El lenguaje, los viajes, no viajan, oscilan, pues quieren estar al mismo tiempo en todas partes, y al igual que la luz del faro, otea el horizonte del ahora, y cubre un amplio espacio, y su estructura lumínica contiene a la vez lo cercano y lo lejano, sin quererlo ilumina y deforma muchas cosas: los callejones sin salida que muestran sus penumbras en ráfagas de luz, los vacíos lejanos apenas perceptibles que nos susurran la despreocupación por donde nos encontramos.

...”Hay quien ha muerto, no se quien, que tampoco ha muerto”.

Lo iluminado resplandece, la palabra se resiste al lenguaje que la reconvierte, y hace más fácil el mundo mismo. Para el lenguaje, al igual que para el lector, todo es más fácil cuando más fácil es para quien lo busca, y tras rodeos lo descubre. Y aunque nadie le busca, cual escaleras interminables de mármol travertino, el lenguaje toma distancia y se hace inalcanzable antes de encontrarlo.

El objeto, el lenguaje, los viajes, van a la búsqueda de la vida y para la vida, cual representación y palabra, dando la posibilidad de desmentir la ausencia de las cosas, su distancia y su ocultación. Representación y discurso están en los lugares y los objetos, en las palabras que significan algo y en el lenguaje que dice algo, y no necesitan buscar ni encontrar pues representan la vida que habla y la que no habla. Esa vida alejada de todo lo que no es ella misma. Y en ese “ahora” se extravían en el tiempo y el espacio, y se extravía el lenguaje, y en su suerte, tocando no sólo todos los puntos del mundo sino la vida misma, pues extravió y encuentro casual de lo no buscado es una característica de la vida que la mayoría de las veces no tiene ni tiempo, ni paciencia, ni ocasión, ni deseo lo bastante determinado para llegar allá donde se desea.

Los lugares, los viajes, expoliados de sus nombres. Los lugares desaparecen en la penumbra de sus luces, en el que son visibles pero irreconocibles, en un espacio en el que nos justificamos y negamos los nombres, vengándonos del mundo en el que el tiempo no tiene ningún nombre y la vida gana en sentido.

El fin, los viajes. Por un instante el centro de la experiencia del viaje es describirlo y escribirlo, y el proceso de redacción constituye el fin del viaje del viajero intenso en el que lo más sentido que tiene es el regreso, la vuelta, pues *lo viajes son siempre hacia adentro.*